

TIEMPO DE LLORAR PARA SEGUIR ESPERANDO. LAMENTACIONES 3 EN SU CONTEXTO

RESUMEN

En diálogo con la realidad de sufrimiento del pueblo pobre latinoamericano, el autor realiza un estudio del Libro de las Lamentaciones que valora la expresión poética del pueblo entero, como sujeto colectivo que expresa su angustia. Luego de una introducción al Libro, se presenta un recorrido por los textos poéticos de las lamentaciones, para proponerse, finalmente, una reflexión acerca del valor teológico de la tercera lamentación.

Palabras clave: Lamentaciones, Latinoamérica, pobres, religiosidad.

ABSTRACT

In touch with the suffering of poor Latin American peoples, the Author studies the Book of Lamentations in order to value poetical sayings of a whole people, taken as a collective subject expressing anguish. After an introduction to the Book, poetical texts are revised, finally intending a reflection about the theological value of third Lamentation.

Key Words: Lamentations, Latin America, poor, religiosity.

Con el libro de las Lamentaciones penetramos en el corazón del dolor colectivo.

Se trata de una obra muy popular. De hecho forma parte de los cinco *Megillot*, los rollos breves que se leían en las fiestas. Los *Megillot* incluyen libros profundamente humanistas, que invitan al gozo de la vida (Cantares y Eclesiastés), o expresivos de un fervor nacionalista, que remontan a los comienzos de la dinastía davídica y a un momento de glo-

ria nacional (Rut y Ester); pero allí también están las Lamentaciones. Por que olvidar o negar el dolor en las celebraciones religiosas no sería humano ni espiritual. Siempre hay hermanos que sufren, si es que el dolor no se ha adueñado ya de la propia vida. El Pueblo que escuchaba las Lamentaciones en las fiestas expresaba así su angustia, su límite, su pena, y recordaba comunitariamente que el pecado puede llevarnos juntos a la ruina.

También el pueblo pobre de Latinoamérica es capaz de expresar su fe conjugando ambas cosas: la fiesta y el lamento. Celebra gozosas y coloridas fiestas religiosas, y también grita su pena con las rodillas ensangrentadas delante del Crucificado. El lamento encuentra variadas formas de expresión, además de manifestarse religiosamente. Al que sufre no le basta encontrar un camino o buscar una esperanza. Antes necesita suspirar, gritar, gemir, expresar su pena en el llanto y el grito, en la música y el canto. En Latinoamérica abundan las expresiones musicales de lamento. Característicamente quejoso, el tango surgió en los suburbios postergados como una manera popular de llorar la pobreza, la desilusión, la discriminación, el triste destino de los marginados. Por eso mismo, las clases más acomodadas se resistieron durante mucho tiempo a admitirlo en sus fiestas. Pero pienso sobre todo en las expresiones musicales de algunas regiones más pobres y desoladas de América del Sur, donde el canto se convierte en un hondo grito, que parece arrancado de las entrañas del pobre. Grito que resuena en las inmensidades de los cerros y valles, seguido del clamor lastimero de un cuerno lentamente ejecutado. Todos los que en los amplios alrededores escuchan esa música, sienten expresada su propia pena.

La Biblia nos ofrece los lamentos de Job, que ciertamente es un símbolo popular, más que un individuo dolorido. En las quejas de Jeremías vemos claramente incorporado el destino doloroso de su Pueblo. Los lamentos de Moisés son también solidarios, ya que él prefiere ser borrado del libro de la vida antes que seguir viendo la angustia del pueblo amado. Pero en las Lamentaciones nos encontramos con la expresión poética del pueblo entero, como sujeto colectivo que expresa su angustia. Esto no debería ignorarse a la hora de leer y meditar esta preciosa obra.

1. Las Lamentaciones

Las Lamentaciones son el resultado de varias manos, que las compusieron en Judá, entre las ruinas, después de haber presenciado la dolo-

rosa partida de los exiliados en 587 a. C. Si bien fueron compuestas en distintos momentos, la unidad literaria, teológica y espiritual es evidente. Por eso tenemos que pensar que finalmente un poeta las recogió y dio unidad al conjunto de la obra.

Es interesante advertir los recursos literarios de los redactores de Lamentaciones. Por tratarse de una obra poética, ellos no quisieron narrar los hechos ni escribir un tratado sobre el exilio, el sufrimiento o el pecado. Simplemente buscaron brindar un instrumento de expresión a la incertidumbre, la angustia y el desconuelo del alma judía. Por eso hay una gran variedad de imágenes descriptivas. Pero además, la mayoría de los versos tienen una línea de tres acentos y otra más corta de dos, como si en el lamento se acortara el aliento. Es como si luego de un primer grito desgarrador, un eco más breve mostrara que el dolor es tan grande que se acaban las fuerzas hasta para gemir. También hay que considerar que las primeras cuatro están redactadas en forma de acróstico: las estrofas, en su primera letra, siguen el orden del alfabeto. Por su parte, la última Lamentación tiene 22 estrofas, como la suma de las letras hebreas. De esta manera, el redactor final ayudaba a sentir, a quienes recitaban estos poemas, que en sus lamentos estaba incluido todo el dolor, con todos los matices y detalles posibles. Allí estaba todo lo que había sufrido el pueblo y todo lo que era posible sufrir en esta vida.¹ Los poemas incorporaban la totalidad de ese sufrimiento para poder gritarlo entero en la presencia de Dios.

Si bien la redacción final del conjunto de la obra es posterior a -587, se advierte que la primera redacción de cada poema responde a contextos diferentes. Hay evidencia de distintas manos no sólo en detalles de redacción y vocabulario, sino también en la secuencia de las letras de los acrósticos: adviértase que en la primera Lamentación está la *pe* antes que la *ay-in*, mientras el orden es inverso en las otras. Por otra parte, la tercera es un triple acróstico, y en la última la construcción es muy libre.

Veamos una sinopsis que nos permita advertir las diferencias entre los distintos poemas en cuanto a la época de composición de su *primera redacción*, su contexto y características.²

1. Cf. L. ALONSO SCHÖKEL, "Lamentaciones. Introducción", en *Biblia del peregrino. A. T. poesía. Edición de estudio*, Bilbao-Estella, 1997, 806.

2. Para éstas y otras cuestiones es recomendable la lectura de las siguientes obras: J. RENKEMA, *Lamentations* (Historical Commentary on the Old Testament), Lovaina, 1998; V. MORLA, *Lamentaciones*, Estella, 2004.

Lam.	Fecha original	Contexto	Características
1	Entre -597 y -590	Primera deportación. Saqueo, pero Jerusalén todavía no ha sido destruida. Se la somete a tributo (1, 1). Deportan a notables y a los que tienen oficios (2 Re 24, 10-17).	Clima de desilusión (1, 10.16) e inseguridad (1, 3). Se invita a la conversión para evitar una ruina mayor (1, 5.8.18). Todavía esperan que YHWH actúe a su favor (1, 21-22).
2 y 4	Entre -587 y -580	Deportación y ejecución masiva de la aristocracia (2 Re 25, 8-21; Jer 39, 6) Destrucción del Templo (2, 7) y ruina total de Jerusalén y de las instituciones de Judá (2, 2.5-9; 4, 7.11.20)	Descripciones mucho más crueles (2, 12.20-21; 4, 8-9). Esperanza sólo débilmente sugerida (4, 22). Sentido de detrimento de identidad nacional por la pérdida total de la autonomía y de signos religiosos.
3 y 5	Entre -580 y -570	La situación en que quedan los que no fueron deportados y permanecen en Jerusalén: los más pobres (2 Re 25, 12; Jr 39, 10). Dificultades para sobrevivir. Persiste estado de abatimiento y congoja de los habitantes.	El vocabulario hace más referencia a las angustias internas (3, 8.17; 5, 17). Las descripciones crudas del exilio se mitigan y dan lugar a otras imágenes sobre la situación posterior en Jerusalén. Más expresiones de esperanza (3, 21-26.31-33; 5, 19-21).

En realidad la redacción final del conjunto de la obra, recogiendo los cinco poemas, es varios años posterior a -587, porque la reflexión subyacente y la elaboración literaria requieren tiempo. Pero no debemos suponer que son muchos años, porque en Lamentaciones todavía aparece la doctrina tradicional de la retribución, que no resistió mucho tiempo después de la catástrofe teológica y espiritual provocada por el fin del reino

de Judá. Por lo tanto, la redacción final de la obra puede situarse poco después de -570.

Para comprender algo de la crisis radical que se produce en el judaísmo después del exilio, es útil contrastar lo sucedido con las promesas de algunos textos bíblicos:

“YHWH tu Dios es un Dios misericordioso, no te abandonará ni te destruirá, y no se olvidará de su alianza que con juramento concluyó con tus padres” (Dt 4, 31).

“YHWH no dejará a su pueblo, no abandonará a su heredad” (Sal 94, 14).

“El dará orden sobre ti a sus ángeles para que te cuiden en todos tus caminos” (Sal 91, 11).

“No, no duerme ni dormita el guardián de Israel. YHWH es tu guardián” (Sal 121, 4-5).

¿Qué judío podía detenerse a leer estos textos después de la tremenda tragedia del exilio, sin sentir un profundo agujón en el corazón de la propia fe?

Pasamos ahora a describir brevemente el contenido de las Lamentaciones, agrupando la segunda y la cuarta, por una parte, y la tercera y la quinta por otra, debido a sus semejanzas e idéntico contexto histórico.

2. Primera Lamentación

En este poema, típico de las tradiciones de elección del Reino del sur, la indiscutible protagonista es la ciudad de Jerusalén. Primero se describe su situación en el contexto inmediatamente posterior al exilio (1, 1-11b) y luego es Jerusalén misma la que gime (1, 11c-22): “¡Mira YHWH y contempla qué envilecida estoy!” (1, 11c).

Se la presenta como una viuda (1, 1a); pero el esposo no es YHWH, que no ha muerto, sino el Pueblo que la amaba y ha sido destruido. Su peor mal no es la destrucción de sus murallas y monumentos, sino la muerte de sus hijos, la soledad que reina entre sus ruinas: “¡Qué solitaria se encuentra la que era una ciudad populosa!” (1,1b). El Santuario mismo, más que sus paredes, es presentado como “asamblea”: el problema no era tanto la destrucción del templo material, sino que el pagano haya penetrado en medio de la asamblea orante, dispersándola (1,10).

Jerusalén advierte que ella misma ha sido la causa de la destrucción de su Pueblo-esposo. Por eso, cuando en 1,2b se habla de sus “amantes”, cabe advertir que el traicionado no es sólo YHWH, sino el Pueblo mismo, que ha sido manoseado y engañado por las autoridades en sus alianzas con poderes extranjeros (Jr 4,30; Ez 16, 37-40) para su propia conveniencia. Son entonces las autoridades y los nobles de Jerusalén los que aparecen representados en la ciudad solitaria. Porque ellos son los que, abandonando la docilidad a YHWH (1,18), han confiado en la alianza con sus amantes (1,19), los poderes extranjeros. Son fundamentalmente los poderosos de Judá los que han pecado, causando así la ruina del Pueblo; porque en esta primera Lamentación, el pecado aparece claramente como la causa del mal sufrido (1, 8.18-19. 22).

Por eso Gustavo Gutiérrez, en su *Teología de la Liberación*, reconocía el lugar que debe ocupar la reflexión sobre el pecado como realidad intrahistórica –personal y social– que forma parte de la vida humana y es también “una traba para que llegue a la plenitud”,³ y concluía diciendo: “Estamos lejos acá del optimismo ingenuo que no da al pecado el lugar que le corresponde en la trama histórica de la humanidad”.⁴

La causa directa del sufrimiento popular no es YHWH, pero tampoco podemos negar que la libertad del ser humano tiene mucho que ver en los procesos históricos, y sería ingenuo atribuir las dificultades de los oprimidos sólo a fuerzas históricas ciegas e inevitables. La propia naturaleza de las decisiones libres de los poderosos que pecan de injusticia, indiferencia, orgullo o egoísmo, tiene consecuencias que YHWH permite. Pero por eso mismo, en los momentos difíciles, la Palabra de Dios invita a todos a la conversión, ya que las consecuencias colectivas de las decisiones impías tienen como contrapartida la influencia colectiva de una vida santa y justa.

3. Segunda y Cuarta

Es indudable la cercanía que existe entre ambas Lamentaciones. Comparemos, por ejemplo, 2,12.20 con 4,4.10: las mujeres que claman pidiendo pan para sus hijos, terminan comiéndolos para saciar su propio apetito.

3. G. GUTIÉRREZ, *Teología de la Liberación*, Salamanca, 1972, 193.

4. *Ibid.*, 222.

Las semejanzas entre ambas evidencian que han sido escritas en un mismo contexto y con poca distancia temporal. Pero más que afirmar que tienen un mismo origen, diría que una ha sido fuente de la otra, ya que tampoco se advierte uniformidad de estilo.

En ambas vemos que no se explicitan posibilidades de salvación, de consuelo o de restauración (2,13; 4,16). Sólo en 4,22 parece abrirse una luz, pero en realidad se trata simplemente de una síntesis de la doctrina de la retribución: la ruina ha sido tan grande que ya no se puede agregar otro sufrimiento para pagar por los pecados cometidos en Sión. Por eso no será necesario un nuevo destierro para continuar pagando. El único consuelo que parece esperarse es que Edom también sea castigada por sus pecados.

Estas dos Lamentaciones, características de las tradiciones de elección del Reino del sur, en realidad representan el lamento por la ruina de la aristocracia y de las instituciones, que eran herederas de una férrea centralización en Jerusalén. Pero el Pueblo pobre también sufría, porque amaba esas instituciones, veneraba al rey como símbolo de la identidad nacional, y se sentía hijo de la Ciudad santa.

El libro de Ezequiel intentó resolver esta crisis de las tradiciones de Judá indicando que la gloria de Dios, más que entre las paredes del Templo, habita allí donde está el pueblo (Ez 10,18-19; 11,22-25; 43,1-3). Pero en estas Lamentaciones todavía se otorga un lugar preponderante a las instituciones aniquiladas por el enemigo. Es comprensible si tenemos en cuenta que fueron escritas en Jerusalén, todavía entre las ruinas de las murallas de la ciudad y teniendo permanentemente a la vista los restos del Templo profanado y destruido. Si todavía hoy, lo que queda de las murallas del segundo Templo es un muro de “lamentos”, cómo no lo serían las ruinas del primer Templo pocos años después de su catástrofe a causa de una invasión pagana. Los desconsolados habitantes de Jerusalén, que además nunca alcanzarían el nivel de vida de los deportados, sino que subsistirían en la miseria, no estaban en condiciones todavía de entrar en profundizaciones espirituales y teológicas. Necesitaban más bien expresar todo lo que sufrían y mostrar su confusión ante el Dios que, a pesar de su Alianza, no los había protegido: “¡Mira YHWH y considera a *quién* has tratado de esta manera!” (2,20).

Leyendo las Lamentaciones no podemos dejar de recordar a los sobrevivientes de la *Shoah*, cuya fe en el Dios de la Alianza requirió también de un hondo replanteo para poder sostenerse luego de tamaña trage-

dia colectiva. Pero también en ellos descubrimos que la expresión del lamento y la narración de la desgracia sufrida ocuparon un lugar importantísimo en la elaboración de aquella terrible experiencia:

“Sólo para ti, querido lector, sigo aferrado a mi vida miserable, aunque ha perdido todo atractivo para mí... Me acosan fantasmas de muerte, espectros de niños pequeños... Pero yo, que he visto la suerte de tres generaciones, debo seguir viviendo porque lo necesita el futuro. Alguien tiene que decir al mundo lo que ha sucedido”.⁵

Sin embargo, no podemos dejar de reconocer que, mientras las Lamentaciones conservan la doctrina clásica de la retribución, e indican a los dirigentes y al pueblo mismo como culpables y causantes de la tragedia por sus muchos pecados, los sobrevivientes de la *Shoah* eran herederos de una tradición bíblica más amplia, y nos ayudan a descubrir en mayor profundidad otra cosa: que nuestra fe en Dios nos exige ser mediaciones de su justicia y de su misericordia, de manera que deje de ser posible que en el mundo se repitan agresiones de tal naturaleza. Tanto en la época de las Lamentaciones como después de la *Shoah* apareció irremediablemente la pregunta: “¿Por qué Dios y su Mesías no liberaron a su pueblo elegido, objeto de una alianza irrevocable?”. Y allí vuelve a resonar el mensaje del Éxodo, donde se narra que Dios escucha el clamor de su Pueblo *llamando a Moisés como instrumento* de liberación (Ex 3,9-10). De ese modo nos dice que en el Holocausto fueron *los instrumentos humanos* quienes no aceptaron y no cumplieron su mediación para hacer presente la misericordia y la justicia de Dios. Luego del Éxodo son muchos los textos que repiten el tema del clamor escuchado, donde queda claro que Dios escucha ese clamor y libera al oprimido *a través de una mediación humana* (Jue 2,18; 3,9.15; 6,6-14; Dt 15,7-9; Sir 4,4-10). En medio de los terrores de la *Shoah*, donde parecía imposible reconocer al Dios justo y misericordioso, los judíos comprobaban patéticamente que la exigencia radical de la Ley es descubrir a Dios en el hermano, y así se manifestaba que la ignorancia y el desprecio de la Ley de Dios por parte de los verdugos eran la principal causa de lo que estaban sufriendo. Por eso, “después de Auschwitz, sólo podemos hablar de Dios como de alguien que nos llama a una nueva unidad de hermanos”.⁶

5. Relato autobiográfico citado por E. WIESEL, “The Holocaust as literary inspiration”, en L. B. SMITH (ed.), *Dimensions of the Holocaust*, Evanston, 1977, 7.

6. F. SHERMAN, “Speaking of God after Auschwitz”, en *Worldview* 17, 9.

Yo creo que no es casual entonces que precisamente luego del desastre del exilio, aparezcan en las Escrituras los textos que más fuertemente dan una primacía a la misericordia con el prójimo como exigencia ética particularmente agradable a Dios (Dn 4,24; Tob 4,7-11; 12,9; Eclo 3,30-4,6; 29,12-13).

Pero no podemos ignorar que las Lamentaciones ofrecen una breve expresión de esta convicción cuando indican claramente que la injusticia era la causa de la ruina: “¿Fue por los pecados de los profetas, por las culpas de sus sacerdotes, que en medio de ella *derramaron sangre de justos!*” (4,13). De esta manera, si bien no asumimos aquella vetusta doctrina de la retribución, sí podemos asumir como verdad perenne que la injusticia sólo puede llevar a la ruina. En las Lamentaciones vemos las causas fundamentales de una ruina que finalmente se hizo inevitable: la maldad de los enemigos, unida a una situación de *corrupción* en las clases dirigentes de Judá, que buscaban alianza con los paganos según su conveniencia (4,17), que destruían a los justos que se les oponían (4,13), y engañaban al pueblo (2,14). En el fondo, entonces, las Lamentaciones ya nos estaban diciendo que hay causas “históricas” del mal, que deben ser enfrentadas con actuaciones históricas a tiempo, antes que sea demasiado tarde.

La invitación a “clamar de corazón” (*libbam*) en 2,18, convoca al Pueblo a una relación de sincera confianza ante YHWH. Esto se contrapone a una religiosidad aparente o convencional, como sucedía en los tiempos en que se ponía la confianza en las alianzas de la monarquía con los pueblos paganos: “No contamos con Él” (Jr 5,12). Ya no contaban con YHWH porque creían ciegamente en los cantos de sirena que prometían un paraíso terreno gracias a la supuesta habilidad de las autoridades para hacer diversos acuerdos con los pueblos poderosos. Pero la desaparición de todo apoyo político extranjero y la comprobación de que también los profetas y los sacerdotes estaban al servicio de alianzas turbias e imprudentes, hasta el punto de eliminar a los justos que obstaculizaran sus intereses, abrieron un nuevo camino. Se dieron las condiciones que permitieron regresar a una religiosidad sincera (de corazón), donde YHWH pudo ser verdaderamente el importante. Esta invitación a volver a colocar el corazón en Dios, recuperando una dependencia profundamente religiosa que pudiera sostener la verdadera identidad nacional, aparecía entonces como el primer paso indispensable en el camino de liberación, cuando todos los sueños vanos que sostenían una esperanza falsa ya habían sido aniquilados.

4. Tercera y Quinta

Ambas muestran una situación más lejana a los primeros tiempos de angustia y desconsuelo. Ahora se exterioriza la aflicción de una situación de precariedad propia de la esclavitud a la que fueron sometidos los que permanecieron en Jerusalén (3,30.34-36; 5,5.8.13). En Neh 1,3 tenemos un testimonio sobre la condición de los sobrevivientes de Judá: “Los restos del cautiverio que se encuentran allí en la provincia padecen estrechez y confusión. La muralla de Jerusalén está destruida en muchas partes y sus puertas fueron quemadas”.

En estas Lamentaciones se habla de los sufrimientos más crueles como de algo pasado: “*Recuerda, YHWH lo que hemos pasado*” (5,1). “Soy el hombre que *ha visto* la aflicción” (3,1). Los sufrimientos actuales, además de la escasez de alimentos y los maltratos físicos, son sobre todo internos: el estado de humillación ante los pueblos (3, 62-63), la ausencia de deseos de cantar o de acudir a los lugares de encuentro (5,14-15), la burla de los que han perdido la esperanza, y los piadosos que no pueden explicar lo que sucedió (3,14.18). Es el corazón lo que más duele (5,17).

Además, en ambas reaparece claramente la esperanza, la posibilidad de que YHWH vuelva a intervenir a favor de su pueblo (3,21-25.31-33; 5,19-21). El mismo hecho de atribuir a Dios los males recibidos sostiene la posibilidad de que Dios intervenga en la historia, y eso mismo abre las puertas de la esperanza. Si intervino para nuestra caída, también puede intervenir para volvernos a levantar y hacernos el bien (3,37-38).

5. El peso teológico de la tercera Lamentación

Sin duda, la tercera Lamentación es la culminación y el fruto más precioso de todo el dinamismo humano, espiritual y literario que se desata en el exilio. En ella hay que destacar cómo, de una manera casi imperceptible, comienza a mitigarse la doctrina tradicional de la retribución. Se fortalece una convicción del amor de Dios que es fiel a sí mismo (3,23), y que por una ternura inagotable (3,22) no puede mantener por mucho tiempo al pueblo de su Alianza en una situación de angustia (3,31-32; 5,20.22). Con él siempre es posible comenzar de nuevo. Esta convicción sobre el amor gratuito y fiel de YHWH no excluye toda cooperación humana para abrir el camino a la restauración. En primer lugar se requiere

dejar renacer la esperanza (3,26). También es necesaria la súplica que expresa la confianza (3,41) y el arrepentimiento por los propios pecados (3, 40). En esta línea, Lam 3,26-27 es uno de los textos más bellos de las Escrituras.

Un aporte teológico destacable de esta Lamentación es que evita atribuir los sufrimientos del pueblo a un querer directo de YHWH, porque se dice que él “no humilla de corazón (*mi libbó*)” (3,33). Es decir, el dolor del pueblo no es producto de una decisión íntima del Señor que lo quiera por sí mismo. De hecho, inmediatamente se atribuye a otras causas el mal que vive el pueblo (3,34-35). Así se presenta a Dios sólo como tolerando ese mal (3,36), aceptándolo como consecuencia natural de los males que el mismo pueblo ha cometido (3,39-42).

La tercera Lamentación no menciona a Israel ni a Judá, ni a Jerusalén. Sólo el v. 51 menciona una ciudad. Esto parece indicar que los sufrimientos vividos, por ser una situación única y extrema, se toman como paradigma de todos los sufrimientos de la historia del pueblo.

El Siervo sufriente de II Isaías expresará de otra manera el contenido de Lamentaciones, con el recurso típicamente semita de la “personalidad corporativa”. Porque el Siervo es un modo de concentrar en una figura los diversos instrumentos que Dios usa para derramar su luz en el mundo y para realizar sus planes: un profeta, los profetas en general, un rey, o el pueblo mismo. En este sentido, la tercera Lamentación se parece a los textos del Siervo sufriente y los anticipa, pero tiene como valor específico un mayor vaivén entre lo individual y lo colectivo, que aporta al conjunto de la obra un tono personal. De esta manera, las Lamentaciones no aparecen como una masificación donde no cuentan las particularísimas experiencias personales, sino una comunión en el dolor y en la esperanza donde las individualidades permanecen intactas, expresando también su situación personal en la presencia de Dios.

Por eso no debe llamar la atención, en 3,52-62, el paso de la situación colectiva a una situación individual donde YHWH ha intervenido para brindar su auxilio, aunque luego (3,63-66) reaparece la situación colectiva que espera su intervención. Así se quiere expresar lo siguiente: es un hecho que YHWH ha intervenido en situaciones *individuales* para auxiliar a algunos de sus hijos (incluyendo el prototipo de Jeremías) cuando eran oprimidos y humillados y clamaron a él. Entonces, con ese mismo poder también puede escuchar ahora la súplica de su Pueblo oprimido y liberarlo de su situación *colectiva* de dolor. Esa es la clave teológica

que brota de la estructura de la tercera Lamentación, y le da una función peculiar en el conjunto del libro.

Esta razón profunda, que permite esperar un cambio de la situación, aparece con notable contundencia en el centro del quiasmo⁷ de 3,35-39:

לְהַטוֹת מִשְׁפָּט-אֲבָר נִגַּד פְּנֵי עֲלִיּוֹן: 3, 35
 לְעֵינַי אָדָם בְּרִיבּוֹ אֲדַנִּי לֹא רָאָה: 3, 36
 מִי נָה אָמַר וַתְּהִי *** 3, 37 ***
 אֲדַנִּי לֹא צָוָה:
 מִפִּי עֲלִיּוֹן לֹא תִצֵּא הַרְעוֹת וְהַטּוֹב: 3, 38
 מִה־יִתְאוּגֹן אָדָם הִי אֲבָר עַל-חַטָּאוֹ חַטָּאִי: 3, 39

Como vemos, el quiasmo está formado por la repetición de tres elementos:

אֲבָר - עֲלִיּוֹן - אֲדַנִּי לֹא - אֲדַנִּי לֹא - עֲלִיּוֹן - אֲבָר

Por una parte, se repite la expresión אֲבָר que ya resonó al comienzo de la tercera Lamentación, indicando el sujeto sufriente que se expresa en el poema.⁸ También se repiten los nombres divinos, que actúan al modo de unas comillas destacando la expresión de 3, 37. En ese centro del quiasmo se cita textualmente una afirmación de Sal 33, 9: “¿Quién habló y fue?”. Se refiere, evidentemente, a la obra creadora, a la todopoderosa decisión de Dios de crear el universo. ¿Por qué en Lam 3 se destaca la acción creadora? No debería llamar la atención, ya que se trata de un constante recurso bíblico. En tiempos de crisis, donde la fe del creyente está en riesgo debido a la fragilidad de los recursos humanos, es la confianza en el poder inmenso del Creador del universo lo que sostiene al pueblo sufrido. Así lo vemos en todos los textos apocalípticos, en II Isaías, en Job y en Macabeos. De la misma manera, en el contexto de fragilidad de Lam 3, la figura de Aquel que dio origen al universo con su sola palabra permite que las rodillas débiles no vacilen. La tercera Lamentación abre el lamento a la esperanza firme depositando los ojos húmedos, una vez más, en Dios.

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ
30.01.08/20.02.08

7. Me llama la atención que los excelentes comentarios que he consultado ni siquiera mencionen este evidente quiasmo que, a mi juicio, tiene una función importante en la tercera Lamentación.

8. A lo que puede sumarse, en vv. 36 y 39, la repetición de אָדָם.